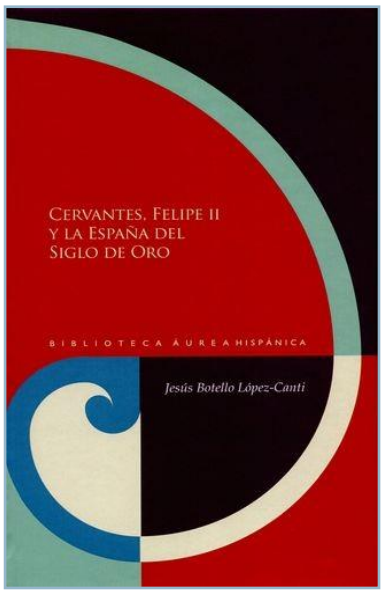
BOTELLO LÓPEZ-CANTI, Jesús, *Cervantes, Felipe II y la España del Siglo de Oro*, Navarra, Iberoamericana Vervuert, 2016. ISBN: 978-84-8489-978-5. 212 págs.

Juan CEREZO SOLER
Universidad Autónoma de Madrid (España)
juan.cerezosoler@gmail.com

CC BY NC SA



El fondo editorial de Iberoamericana/Vervuert se ha visto enriquecido durante este 2017 con la publicación de una nueva entrada en la que es, quizá, su colección más ambiciosa: la Biblioteca Áurea Hispánica. Se trata del monográfico de Jesús Botello López-Canti (University of Delaware) que ve la luz bajo el rótulo Cervantes, Felipe II y la España del Siglo de Oro.

Tal título acogería, a grandes rasgos, una estupenda investigación sobre las relaciones –ricas y constantes– entre lo literario y lo histórico en la obra de Cervantes, pues, tal y como declara su autor, «varias de las decisiones políticas y/o *modus operandi* característicos del reinado filipino permearon y modelaron de manera significativa varios aspectos de la producción literaria de Cervantes» (pág. 12). Se trata, por tanto, de ofrecer una nueva batería de elementos que estuvieron de actualidad en la sociedad áurea española y que tuvieron gran acomodo en el imaginario social colectivo, atendidos aquí, siempre, desde su trasvase al texto cervantino. De tal forma, Botello nos ofrece en su estudio una serie de conexiones, o mejor, relaciones, entre la consciencia autorial cervantina y algunos de los rasgos de carácter del Rey Prudente, cuyos años de reinado ocuparon gran parte de la peripecia vital cervantina. El autor, sabedor de que pontificar sobre las relaciones entre los personajes literarios y sus correlatos históricos conlleva, siempre, una serie de riesgos, se ha cubierto bien las espaldas, parapetándose en el manejo inteligente de una riquísima bibliografía con la que no solo apuntala su tesis, sino que ofrece un detallado estado de la cuestión sobre asunto tan amplio como es la relación entre el texto cervantino y los principales mecanismos de poder político. Así, desfilan por sus páginas los hitos críticos más relevantes sobre ello, como Gregorio

Mayans, Díaz de Benjumea, Predmore, Canavaggio, Maravall; y los más actuales, Sánchez Jiménez, A. De Armas, Ana María Laguna o Patricia Marín Cepeda, entre otros; teniendo buen cuidado de legitimar, con tan buena compañía, cada una de las tesis lanzadas a continuación.

El principal punto de partida sería la opinión, ya casi tópica, de que Cervantes era generoso en referencias hacia Carlos V y parco, o incluso crítico, con su hijo, Felipe II. Tópico que Botello se dispone a derrumbar o, al menos, matizar, a través de una lectura atenta de toda la obra cervantina. Descubrimos así que la presencia filipina en la pluma de Cervantes es abundante, y de ella se pueden distinguir dos etapas: una laudatoria, en la que se incluiría la *Elegía al cardenal Diego de Espinosa* o la *Epístola a Mateo Vázquez*, principalmente, y en menor medida, *La Numancia*, *La Galatea* o *Los tratos de Argel*; y otra más crítica, en clave de amargura autobiográfica con su algo de decepción hacia el monarca. El punto de inflexión con el que se marcaría el paso de una etapa a otra sería el ya citadísimo soneto *Al túmulo de Felipe II en Sevilla* (1598).

Declarada y argumentada la presencia de Felipe II en la obra cervantina, pasa Botello a reconocer la influencia de determinados rasgos del talante regio en las obras. Definiendo en el *Quijote* la tensión entre oralidad y escritura, nos descubre el autor que los recursos de oralidad, relacionados con la captación del interés y la atención del público, están íntimamente conectadas con la figura de Sancho. Muy al contrario, toda referencia a la letra escrita, a la fijación en molde o sobre papel, es propia del hidalgo. Descubrimos, además, que la oralidad dota a Sancho de la habilidad para adaptarse, sea cual sea la situación que se le presente, siempre podrá echar mano del proverbio, del refrán oral que, bien traído a cada momento, sirva para todo. No así don Quijote, que no adapta su conocimiento a la realidad, sino que intenta plegarla, doblegarla, en todo momento, a lo que ha leído en sus libros. Menos adaptable, diríamos, y más ceñido al decálogo de normas escritas que tiene asimiladas por tantas y tan trasnochadas lecturas.

Esta sumisión a la letra escrita como ideal que ha de fijar la realidad existente sirve aquí, y así se argumenta, como punto de conexión entre don Quijote y Felipe II. Favorece esta tesis la marca constante de la política archivística filipina en la literatura de Cervantes. Hay referencias al recurso archivístico —del que Felipe II fue primero y principal adalid— así como a la acción documental: todo el *Quijote* está atravesado de principio a fin de un aura relacionada con la consulta de anales documentales, sostenido siempre sobre la referencia, a veces explícita, al archivo, al

documento, al texto escrito. El donoso escrutinio, los parones narrativos en episodios como el del vizcaíno o el del capítulo LII, incluso las menciones del Caballero del Verde Gabán, muestran con claridad que la realidad archivística es, según acertada expresión del autor, «principio generador del que la novela se nutre» (pág. 107). La propia mente de don Quijote funciona como un archivo donde se buscan referencias textuales para el desempeño de acciones según se le presentan al protagonista; dato que permite una asimilación del talante filipino en lo relacionado con la escritura, pues no había decisión que se tomase sin la previa consulta de legajos y documentos de todo tipo, permitiendo con ello una fuerte —y no siempre útil— burocratización de la política y haciéndole valedor del malicioso sobrenombre de *rey papelero*.

Frente a esta fijación escrituaria estaría la oralidad, voluptuosa y cambiante, de Sancho, el analfabeto. La evolución de Sancho como personaje pasa por sacudirse de encima el complejo de oral, frente a la supuesta superioridad intelectual de que goza la palabra escrita y que encarna, como decíamos, don Quijote. Defiende Botello que la oralidad del escudero, lejos de ser solo el rasgo que le define como el animal cómico de la obra, tiene que ver también con toda una forma de concebir la realidad y, en particular, la actividad de la justicia. Así lo muestra su breve gobierno en la ínsula: es una percepción de la justicia mucho más inmediata, basada en el discernimiento del gobernante y no tanto en protocolos escritos, practicada, por ejemplo, por los musulmanes, cuyo ejercicio Cervantes conoció de primerísima mano. Esto choca frontalmente con el gobierno filipino, burocratizado, congestionado de papeles y, por lo tanto, mucho más lento, pesado y, por ocasiones, menos justo. Este formato en la administración de la justicia sería el culpable, no se olvide, de los ya de sobra conocidos sinsabores que vivió Miguel de Cervantes a su vuelta de Argel —recuérdese aquí la inutilidad de sus cartas de recomendación tras Lepanto—, con lo que no es nada difícil configurar una imagen de un Cervantes desencantado, primero, con la maquinaria política de Felipe II y, por supuesto, convencido de que el papel escrito, a la postre, solo es papel mojado.

Pero hay otra importante –y, si se me permite, más sugerente– conexión entre Felipe II y la inmortal obra del alcalaíno, y tiene que ver, esta vez, con la realidad caballeresca en la que está inspirada el *Quijote*. Para empezar, hay un evidente declive en el vigor caballeresco tanto de don Quijote como de su principal inspiración, Amadís de Gaula. Es comparable y comprensible desde la premisa de una debilitación de los ideales caballerescos por los que tanto uno como otro se rigen. Este apartamiento del canon caballeresco estaría, según Botello, íntimamente ligado al

declive de Amadís llevado a cabo por Montalvo en el ciclo Amadís-Esplandián, sobre todo en las *Sergas*. ¿El motivo de Montalvo? Junto al narrativo —de empequeñecer a Amadís para erigir a Esplandián como verdadera flor y nata de las caballerías— estaría el moralizante, preocupado el autor en aquel entonces por la ausencia de elementos religiosos y, por tanto, edificantes, en las novelas de caballerías. Sobre ello, declárese que hay un elemento actualizador según el cual, la sociedad, al avanzar, va abandonando el entusiasmo por los comportamientos caballerescos, dando paso a imágenes deformadas de lo que un día se miró y leyó con verdadera pasión. Es un contexto de descreimiento que favorece no solo la decandencia del propio Amadís, sino la aparición, burlas mediante, de un personaje como don Quijote.

Pues bien, relacionada con estas dos figuras caballerescas, digámoslo así, anacrónicas, se situaría el rey Felipe II. La relación de este con las caballerías, literarias o no, está muy marcada por su intento de reactivación a través de dos pragmáticas (1562 y 1563) y una tercera más tardía (1572). En esta última se intentaba reactivar sin reservas la institución de la caballería andante, argumentando sobre todo razones militares de defensa interior. Tal empeño quedaría sepultado en 1619, con la anulación del tercer Felipe de las pragmáticas de su padre. Botello, en línea con lo expuesto por Cátedra, señala que, efectivamente, «la locura quijotesca de emular a los caballeros andantes del pasado debe ser leída de acuerdo con el anacrónico plan de Felipe II de revivir la caballería de cuantía a finales del siglo XVI y principios del XVII» (pág. 156). Y así pudo ser, en efecto, pues tal reactivación no pasó desapercibida en el siglo XVI, y políticos, arbitristas y comentaristas hubo que opinaron, a favor o en contra, de semejantes pragmáticas.

Termina el libro con un capítulo que ofrece, como colofón, un completo fresco de relaciones entre determinados elementos de la esfera filipina y su tratamiento en la literatura de Cervantes. Muchas de estas relaciones son contextuales, es decir, que quizá no estén en la consciencia de Cervantes de una forma explícita, sino que forman parte de un acervo socio-cultural muy marcado por la presencia del monarca, y como tal aparecerá en su literatura. Así, el carácter melancólico, muy estudiado por varios tratadistas de la época y presente, según el imaginario colectivo europeo, en el español del Siglo de Oro, es un carácter que se puede reconocer tanto en los bosquejos que Cervantes hace de sí mismo, como en determinados comportamientos de don Quijote, como, por último, en la figura de Felipe II, tal lo delatan los constantes retiros y apartamientos de la actividad cortesana que hacía a lo largo del año. En este sentido, la sola existencia de El Escorial, lugar de retiro donde los

haya, favorece con intensidad la imagen de ese rey melancólico. Se apoya el autor, además, en varias opiniones escritas por cortesanos extranjeros, bien recogidas y referenciadas.

Esta melancolía, epitomizada, decíamos, en la construcción de El Escorial, encamina el ojo crítico hacia la idea del retiro, viendo en ella un elemento vertebral, tanto de la actividad política filipina como de la andanza quijotesca. El episodio de la cueva de Montesinos presenta con elocuencia el retiro de don Quijote como un generador de poder autorial: «En realidad, lo que la soledad y el apartamiento le confieren a don Quijote es el poder de generar una historia sobre la que ni los otros personajes, ni los lectores [ni siquiera, añadimos, el narrador] tendrán control alguno. Que el retiro otorga poder autorial a don Quijote lo podemos comprobar tan solo unos episodios después, en la aventura de Clavileño» (pág. 174). La misma cueva de Montesinos, como marco de un retiro quijotesco, estaría plagada de elementos reconocibles para el lector español del Siglo de Oro: la devoción hacia las reliquias a niveles, casi, de supersticiones mágicas, estaba muy activa en el espíritu contrarreformista de Felipe II, y es parodiada con sutileza cervantina en varios pasajes de su obra y, cómo no, en esta misma cueva, a través de una referencia al «corazón de carne momia, según venía seco y amojamado» del caballero Durandarte.

Así y con todo, solo queda elogiar la capacidad argumentativa de Botello y alabar públicamente su honestidad y su prudencia a la hora de esbozar las conclusiones de su estudio. Todos los elementos aquí mencionados constituyen un fresco muy bien detallado por el autor, fresco que, tras su desmenuzamiento, nos regala una buena batería de puntos en común entre la literatura cervantina, la figura de Felipe II y la España que vio la existencia de ambos, ciñéndose así esta monografía a la perfección con el título que la encabeza. A fin de cuentas, y como diría otro cervantista preocupado por la historia, «el tiempo de Cervantes es, en gran medida, el de Felipe II». Del mismo modo, nosotros también podemos decir, a coro con Jesús Botello López-Canti, que la España de Cervantes fue, en gran medida, la de Felipe II. Y así se ha demostrado.